

rente y próximo á abismarse en el infierno. ¿Cuál es más sólido? Dios no sirve de guía á los malos.

»Sus corazones serán desgarrados cuando se desmorone el edificio levantado por ellos. Dios es previsor y sabio.

»Dios ha comprado la vida y la hacienda de los fieles y el Paraíso es su precio; pelearán y darán muerte á los infieles. Cumplidas serán las promesas del Pentateuco, del Evangelio, del Corán; porque, ¿quién más que Dios es fiel á su alianza? Regocijáos de vuestra venta, es el sello de vuestra felicidad.

»Bienaventurados serán los que hacen penitencia, sirven al Señor, le alaban, oran, le reverencian, ayunan, quieren á la justicia, es-torban el crimen y observan los divinos mandamientos.

»No deben empuñar las armas á la vez todos los fieles. Queda exenta parte de ellos, á fin de que instruyéndose en la fé puedan instruir á los demás á su vuelta.

»¡Oh creyentes! Combatid á vuestros vecinos infieles; hallen en vosotros enemigos implacables. Haced memoria de que el Altísimo está con el que le teme.

»Siempre que os sea enviado del cielo un nuevo capítulo, diran: ¿Quién de vosotros puede otorgar fé á esta doctrina? Pero ella reforzará la creencia de los fieles, que así encontrarán consuelo; rasgará más la llaga de aquellos cuyo corazón está gangrenado y morirán en su impiedad.

»En medio de vosotros se ha levantado un profeta insigne destinado á arrancaros de vuestros errores; el celo de vuestra salvación le inflama, y los fieles sólo deben aguardar de él indulgencia y misericordia. Si se niegan á prestar fé á la doctrina que les enseñas, díles: Dios me basta; no hay más Dios que él. En él he depositado mi confianza; es el señor de trono majestuoso.»

La solemnidad de esta peregrinación duplicó el celo de los fieles hácia el nuevo culto que fué abrazado por las tribus más distantes. Basan y Shar se convirtieron, y cerraron la serie milenaria de los reyes del Yemen.

Cuando Mahoma hizo nuevamente la peregrinación á la Meca, llevó en pos de sí noventa mil devotos. Desde lo alto de una colina les pre-

dicó las ceremonias del rito y su significado; desde la cumbre de otra el dogma de la ciudad de Dios, y dijo: *¡Desventurado del que reniega de vuestra religión! No le temáis á él, sino á mí. Hoy he perfeccionado vuestra ley y he consumado mi gracia sobre vosotros, y deseo que el islamismo sea vuestra fé.* Inmoló sesenta y tres camellos, número igual al de sus años, y Ali treinta y siete. Reformó el calendario, restableciendo el año lunar sin intercalación, y cumplió con exactitud en todos sus pormenores las prácticas devotas de la peregrinación.

De vuelta á Medina se disponía á atacar á la Siria y á los rumis, cuando fué acometido por una fiebre, que se aumentó con la noticia de los progresos hechos por dos apóstatas. Dijo á sus mujeres, cerca de las cuales estaba alternativamente, que deseaba permanecer durante su enfermedad con una sola, y todas se reunieron para designar á Aiesa. No cesó el Profeta de orar mientras tuvo fuerzas para ello; se hizo llevar á la mezquita, donde oró por los que habían muerto en defensa de la fé, alabó á Dios y pidió perdón de sus pecados. Después dijo: *¿Hay entre vosotros alguno á quien yo haya golpeado? Hé aquí mis espaldas; puede desquitarse. ¿He zaherido la reputación de alguno? Haga otro tanto conmigo. ¿He causado á alguno perjuicio en materia de dinero? Hé aquí mi bolsa.* Un hombre del pueblo se levantó y dijo: *Tú me debes tres dracmas hace mucho tiempo.* Y el Profeta se los restituyó juntamente con los reditos, añadiendo: *Más vale sufrir vergüenza en este mundo que en el otro.*

Cuando le llegaron á faltar las fuerzas, encargó á Abou-Bekr que hiciera la oración en la mezquita.

Dijo á los ansarianos: *Estirpad á todos los idólatras de la península; otorgad á los nuevamente convertidos los mismos privilegios que á los musulmanes, y sed asiduos á la oración.* Después de quince días de padecimientos Gabriel llegó á consolarle anunciándole la muerte de uno de los dos apóstatas rebeldes; entonces el Profeta permitió al ángel de la muerte que le hiriera.

Espiró en el regazo de Aiesa, exclamando: *Señor, recíbeme en tu misericordia; concédeme un lugar entre aquellos á quienes has elevado á tu gracia y á tu favor.* Había vivido sesenta y tres

años, de los cuales había profetizado veintitres y dominado diez.

Era de mediana estatura, tenía cabeza abultada, tez morena y sonrosada, facciones proporcionadas, ojos rasgados y vivos, frente ancha y prominente, nariz aguileña, cabellos negros como el ébano, espesa barba, fisonomía de majestuosa dulzura; pero cuando montaba en cólera, se veía una vena entre sus cejas, hinchada de una manera espantosa. Afable con sus inferiores, jovial con sus amigos, se nutría aún después de haber adquirido tantos tesoros, con pan de cebada, cuya cantidad era exactamente medida, contentándose con agregar á esto algunos dátiles y agua pura; de tal modo que se pasaban algunas veces dos meses sin que en su mansión se encendiera lumbre. Sencillo en sus costumbres, ordeñaba por sí mismo sus cabras, barria, encendía lumbre, componía sus vestidos y se ocupaba en otros cuidados caseros. Jamás ostentó el fausto de un rey.

No sabía leer ni escribir, ó á lo ménos aparentaba ser iliterato, para inspirar mayor fé respecto de las revelaciones, que, según aseguraba, se le transmitían por escrito. La forma de estas revelaciones propendía á hacer venerar la escritura, puesto que el mismo Dios recurría á ella. Por otra parte, Mahoma recomienda el estudio de vez en cuando. *Todo mal, dice, nace de la ignorancia; sin embargo, hay un mal más intenso, y es el de ignorar su propia ignorancia. El ignorante no presta atención á lo que en su rededor pasa, ni á lo que hacen los demás; si posee una virtud, cree poseer ciento; si tiene mil defectos, se reconoce uno.* También tenía de continuo en la boca esta sentencia: *La ignorancia es una mala cabalgadura, que hace ridículo al que la monta y al que la guía.* Quejándose un árabe de que un sabio le había detenido dos días en su morada, Mahoma le dijo: *Por el eco manifiestan las montañas el placer que las causa el acento de una voz melodiosa; las rosas y los jazmines se esponjan al canto de los ruiseñores; cuando oyen el cántico de su conductor, hasta se reaniman los camellos. Es más duro que una roca, más estúpido que una bestia, el que no se complace al oír las pláticas de un sabio.*

Era paciente en la adversa fortuna y, cosa más rara todavía, en la prosperidad. Al saber la muerte de su hija Bakia, exclamó *¡Bendito*

*sea Dios! Recibamos de él como beneficio hasta al muerte de nuestros hijos.* Cruel cuando su seguridad lo exigía, también supo perdonar; trató con generosidad á sus enemigos, y observó escrupulosamente los convenios.

Al decir de los autores árabes, Mahoma aventajó en cuatro cosas á todos los demás hombres; en valor, en la lucha, en liberalidad y en vigor marital. *La liberalidad, decía, es una rama del árbol de la bienaventuranza, cuya raíz está en el Paraíso, donde la riegan las aguas del río Kauster.* También decía: *La felicidad consiste aquí abajo en hacer bien á sus amigos y en sufrir con constancia el mal por parte de los enemigos.*

Hasta los cincuenta años permaneció fiel á Kadija, á la cual se confesaba deudor de su fortuna, y la respetó siempre; la colocó entre el número de las cuatro mujeres, espejos de virtud, con María, hermana de Moisés, María madre de Cristo, y Fátima su hija. Como no cesára de hablar de ella con sus mujeres, Aiesa le interrumpió un día exclamando: *Sea como quiera, ya era vieja, y ha sido sustituida por una que vale más.—No por Dios, repuso el profeta, ninguna mujer puede ser preferida á Kadija, que creyó en mí cuando me menospreciaban los hombres, y que atendió á mis necesidades cuando yo era pobre y se me perseguía.*

Cuando ella terminó sus días, se casó Mahoma sucesivamente hasta con quince mujeres, aunque el Corán solo permite cuatro. También se hizo autorizar y ordenar por el cielo para casarse con la mujer ajena. Tuvo además once concubinas, y en el mismo momento pasaba á los brazos de muchas. Se enamoró de una esclava cofta llamada María, que le había enviado Mou-Kaucas, gobernador del Egipto; pero sorprendido con ella por Afssa, hija de Omar, una de sus mujeres, le juró, á trueque de conservarla, que no tocaría á aquella cofta, y que Omar gobernaría á los creyentes después de Abou-Bekr, si guardaba silencio acerca de lo que había pasado; pero confió el secreto á Aiesa, que se lo contó á Abou-Bekr, su padre. Habiéndose apercibido Mahoma del desagrado de la una y de la otra, repudió á Afssa, y se mantuvo por espacio de un mes lejos de sus mujeres, para entregarse á otros amores. Entonces añadió al Corán un capítulo para permi-

tir á los musulmanes faltar á sus juramentos.

Terrible era el castigo impuesto á Afssa, en atención á que, repudiada por el profeta, no hubiera podido pasar al tálamo de otro esposo. Temiendo, pues, enajenarse el afecto de Omar, Mahoma hizo circular el rumor de que Gabriel le habia ordenado recompensar los ayunos y la piedad de la jóven esposa volviendo á admitirla en su lecho. Aconteció que en una marcha nocturna se quedó atrás Aiesa; volvió á aparecer la mañana siguiente, aunque acompañada de un guerrero, lo cual dió márgen á muchas suposiciones entre los árabes. Mahoma, aunque celoso, queriendo tal vez, como César, que nadie tuviera sospechas de sus mujeres, se hizo asegurar por una revelacion que Aiesa era inmaculada, castigó á los maldicientes é inscribió en la ley que una mujer no podría ser condenada por adúltera mientras no hubiera sido vista su falta por cuatro hombres. Aiesa fué á la que más amó entre sus mujeres, y fué la confidenta de los misterios de su agonía. Considerósele despues como madre de los creyentes (*Omm-el moslem*), é intérprete de los pensamientos del Profeta.

No dejó más hijo legítimo que Fátima, mujer de Alí. Todos los que se vanaglorian en gran número de ser descendientes suyos y son los únicos que tienen derecho de llevar turbante verde, son vástagos de hijos naturales.

Las revelaciones fueron el principal instrumento del poder de Mahoma, que hizo intervenir de continuo á la divinidad segun convenia á sus fines.

Pero no puede ménos de condenarse el vergonzoso abuso que hizo de la palabra divina para autorizar sus propios desórdenes, hasta tal punto que su vida fué una excepcion continua de las reglas por él mismo establecidas, y de que el ángel Gabriel tuvo que llegar siempre á dispensarle de observarlas. Animado en un principio del celo de la indignacion contra la idolatría, recurrió despues á la impostura fingiendo despues comunicaciones repetidas con la divinidad, á la cual atribuyó todas sus resoluciones, así como su feroz intolerancia respecto de los hebreos y de los cristianos. El mismo pronunció su condena cuando escribió lo siguiente: *¡Qué impiedad peor que hacer á Dios cómplice de una mentira, atribuirse revela-*

*ciones falsas, y decir: Haré descender un libro igual al que Dios envió!*

No aspiró al dón de los milagros; y si los pedian sus enemigos en testimonio de su apostolado, citaba las victorias alcanzadas con ayuda de escuadrones de ángeles que peleaban con sus guerreros. «Juraron que si veian un sólo milagro creerian en el libro que le fué enviado. En efecto, los milagros, aunque no lo confiesan los infieles, están en la mano de Dios. Díles: El que hace crecer las mieses, alimenta al hombre con el pan, y le forma de carne y hueso, ¿no podría plantar un jardin en el desierto y hacer brotar agua viva de una roca? Si, sin duda. Su omnipotencia derriba por tierra el razonamiento de los infieles. ¡Oh Profeta! Díles que aún cuando vieran miles de ángeles, aunque hablaran los muertos, no creerian más de lo que creen ahora en los divinos beneficios.

»Pueblos, abundan los argumentos para convenceros de la verdad. Solo emplearé prodigios para espanto de los perversos. ¿No soy yo un hombre como los demas? ¿A qué vienen los milagros? He sido enviado para invitaros á abrazar el bien que os era ofrecido, y á temer el mal que os amenazaba. Únicamente digo lo que me fué prescrito. ¡Desgraciado del que rehuse escucharme!»

A pesar de una declaracion tan terminante, sus sectarios asociaron un prodigio á cada uno de sus actos. Ya son piedras y árboles que le tributan homenaje, fuentes que brotan de sus dedos, hambrientos á quienes harta, enfermos á quienes cura, muertos á quienes resucita.

Entre estos milagros, contados en monton en la *Suna*, es el más célebre su viaje al cielo. Mientras dormia una noche sin más abrigo que el cielo, el ángel Gabriel le abrió el corazon, y habiendo exprimido la gota negra, le llenó de fé y de ciencia; agitando despues setenta y dos pares de alas le llevó la yegua Al-Borak en que cabalgan los profetas para las misiones divinas; es más veloz que el rayo, tan inteligente como el hombre, sólo que está privada del dón de la palabra. Al punto que fué informada de que aquel á quien debía llevar era el medianero, el intercesor, el autor del Islam, se sosegó; y habiéndole recibido sobre su espalda le condujo á Jerusalem. Allí encontró en el

templo á Abraham, á Moisés y á Jesús con otros santos, á quienes debió una alegre acogida, y se pusieron á orar juntos. Mahoma y Gabriel subieron en seguida una escalera que allí se encontraba, y llegaron de esta suerte al primer cielo, de plata pura, donde vieron colgadas de cadenas de oro las estrellas abultadas como el monte Noho, cerca de la Meca. Hacian allí centinela los ángeles á fin de que los demonios no se aproximaran al Paraiso. Otros ángeles tenian las figuras de todos los animales, y cada uno de ellos oraba por la especie á quien representaba por su forma. Inmenso entre todos era el gallo blanco, cuya cresta tocaba en el segundo cielo, distante del primero un viaje de quinientos años. Tres voces resuenan continuamente en los oidos de Dios: la del creyente que lee el Coran de continuo, la del pecador que implora todas las mañanas el perdón de sus culpas, y la del gigantesco gallo, la más agradable de todas.

Mahoma fué recibido en aquella mansion con grandes honores, y saludado por Abraham como el más insigne de sus hijos, y de sus profetas. Luego, en ménos tiempo que se gasta en decirlo, llegó al segundo cielo, de hierro, donde encontró á Noé, á Jesús y á Juan. En el tercero, todo de piedras preciosas, se mantenía el *Fiel* de Dios, ángel que mandaba á otros cien mil, y tan grande, que entre sus dos ojos habia un espacio de setenta mil jornadas de camino. Delante de él habia una mes sobre la cual no hacia más que escribir y que borrar. En esta mansion moran David, Salomon, José, que honran á su sucesor. En el cuarto cielo, todo de esmeralda, vivia Enoch con una multitud de ángeles más numerosos todavía. Uno de ellos, tan grande que tocaba al quinto cielo, distante quinientos años de camino, gemia incesantemente por los pecados de los hombres.

El quinto cielo, morada de Aaron, es de oro puro, y el fuego de la cólera de Dios se conserva allí para los pecadores reincidentes. En el sexto, Moisés saludó á Mahoma como á su hermano, si bien se affigió al pensar que haria entrar en el cielo á más musulmanes que judíos habia él introducido. En el sétimo, compuesto de la luz más límpida, vió á la gran criatura de Dios. Es un ángel que tiene setenta mil cabezas, de las que cada una tiene setenta mil

bocas, y cada boca setenta mil lenguas, hablando cada una setenta mil idiomas, para celebrar las alabanzas del Señor.

Mahoma fué elevado hasta el árbol Lotos, pasado el cual ni aun á los mismos ángeles es dado lanzarse. De consiguiente, Gabriel dejó allí al profeta, que fué conducido por Asrafel hasta el trono del Eterno, á través de dos mares de luz y uno de tinieblas, y oyó una voz que le decia: *Mahoma, adelántate y approximate á Dios poderoso y glorioso.*

Adelantándose, pues, se acercó á la divinidad á dos tiros de flecha, y leyó á la derecha del trono: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* Dios le tocó, le penetró con un santo estremecimiento y le reveló sus arcanos. Retrocediendo en seguida volvió á encontrar á Gabriel, quien le condujo de nuevo á Jerusalem, donde Al-Borak le aguardaba.

Todo esto se habia consumado en el transcurso de algunas horas. Habiendo manifestado Mahoma á Gabriel el temor de que el pueblo no prestara asenso á tantas maravillas y le acusara de embuste, el ángel le dijo: *Abou-Bekr, testigo fiel, justificará los prodigios que tú narres.*

Tales fueron las bellas invenciones de sus creyentes; pero habia razon para decir que sus milagros eran sus victorias, con ayuda de las cuales llegó, de pobre que era, á dominar sobre medio mundo. Mercader, profeta, predicador, héroe, legislador, poeta, formó el proyecto de establecer en medio de la lucha de las religiones un dogma de la mayor sencillez; su fuerza se aumenta en virtud de la paciencia con que prosigue triunfos lentos, y de las pruebas que le suscita la resistencia; la persecucion le asegura un refugio en Abisinia y en Medina; la obstinacion le hace repeler á los cristianos y á los judíos, para favorecer únicamente á sus compatriotas; enarbolando luego el estandarte, propone la alternativa de victorias gloriosas ó de un martirio más glorioso todavía. Este estandarte ya no debia tener reposo. Llevado por el mismo general que peleaba con una mano y le sostenia con la otra, fué depositado en Medina, capital del Islam, luego en Bagdad, en Damasco, en el Cairo, desde donde la casa de Othman ó Osman le hizo pasar á Persia, á Gallipolis, á Constantinopla. Un ejemplar del Co-

ran, de carácter sumamente delicado, copiado por mano de Omar, está allí envuelto con una lave de plata de la Kaaba. Solamente se desplega cuando el sultan ó el primer visir se pone á la cabeza del ejército, ó cuando se quiere reanimar el entusiasmo nacional y religioso.

Bajo este estandarte alcanzó Mahoma sus primeros triunfos, inspirando á sus sectarios la confianza que da la victoria, y que supo crear los grandes capitanes que dieron cima á su obra.

Cuando exhaló el postrer suspiro hubo una dolacion universal entre sus fieles; luego se suscitaron murmullos de descontento y de duda. Algunos dijeron que no podia morir el Profeta, y que volveria, como Moisés, al cabo de cuarenta dias, ó resucitaria á los tres dias como Cristo. El impetuoso Omar llegó hasta á amenazar con su espada á los que alegaran una opinion contraria. Pero el prudente Abou-Bekr, al mismo tiempo que aplaudió su celo, desaprobó sus resultados, y dijo: *¡Adorais á Mahoma, ó al Dios de Mahoma? Dios vive eternamente; pero su apóstol era mortal como nosotros, y ha terminado su carrera.*

Esta sentencia, confirmada por un principio de putrefaccion, sosegó los ánimos, y se prepararon espléndidos funerales al Profeta. En vez de sollozos y gemidos, sólo se oyeron alabanzas á este hombre insigne que habia juntado el lauro del poeta, el cetro del legislador y la espada del guerrero.

Por eso se suscitó una nueva disputa cuando se trató de señalar el punto donde debía ser sepultado. Querian los moadgerianos que fuera trasladado á la Meca, su ciudad nativa; los ansarianos poseerle en Medina, que le habia dado asilo; otros depositarle en Jerusalem en medio de los profetas. Abou-Bekr zanjó tambien esta dificultad, declarando que el Profeta habia expresado su voluntad de que se le enterrara allí donde muriera.

En su consecuencia, su fosa fué abierta bajo el mismo lecho en que habia espirado, y allí se depositaron sus despojos. Despues se levantó en aquel sitio una magnífica mezquita, sirviendo de modelo la de la Meca, en forma de torre, ceñida de galerías, cubiertas con un pequeño edificio en el centro. Está sostenida por doscientas noventa y seis columnas, diferentes una de

otra que, alzándose desde la tierra, están adornadas de arabescos, de piedras preciosas, de inscripciones de oro.

Hácia el ángulo Sudeste de la mezquita, está el sepulcro de Mahoma dentro de un cuadro de piedras negras, sostenido por dos columnas; á su lado reposan sus dos primeros sucesores, cuyas tumbas están siempre cubiertas de preciosas alfombras.

Habiendo exclamado Mahoma poco tiempo antes de morir: *¡Malditos sean los judios que convirtieron en templos los sepulcros de sus profetas!* no podia tener un templo como Dios; pero visitar su sepulcro es uno de los principales deberes del islamismo. Todo el que allí se encamina debe repetir asiduamente ciertas fórmulas, especialmente cuando descubre los árboles del territorio de Medina. Antes de entrar en la ciudad se purifica con abluciones, se pone sus mejores vestiduras, se purifica con los aromas de más precio y hace limosnas. Al acercarse á la mezquita, debe exclamar de este modo: *¡Oh Señor, sed propicio á Mahoma y á la familia de Mahoma! ¡Oh Señor, purgadme de mis pecados y abridme las puertas de vuestra misericordia!* En seguida se adelanta hácia el *parterre glorioso de las flores*, es decir, hácia el sepulcro, y va á orar á todos los lugares consagrados por recuerdos, cumpliendo las ceremonias que practicaron los primeros apóstoles.

### CAPITULO III.

Los árabes en España.

Por esta época la España, sede de un gobierno árabe independiente, y teatro de una lucha generosa, que no acabó hasta el fin de la edad media, pertenece más bien á la historia del Asia que á la de Europa. Dejamos á esta península con los reyes godos que la reunian toda entera bajo su dominacion y poseían además las fortalezas de Tánger y de Ceuta. Aunque hacia mucho tiempo que los godos se hallaban establecidos en España, todavia no se habian confundido con los primitivos habitantes. Gran número de judios, que habian fijado en el país su residencia desde época muy antigua, empezaban á querellarse de la intolerancia de los concilios. Como en ellos se trataba á la vez de los asuntos políticos y religiosos, adquirió un

poder el clero, que útil en un principio para dulcificar á los vencedores, permitió luego á los sacerdotes abandonarse impunemente á sus vicios y aspirar á la dominacion temporal. Hallábanse los reyes embarazados por la autocracia clerical, y cada nueva eleccion en este país donde ningun orden se hallaba establecido, ocasionaba disturbios y á veces guerras; los privilegios del trono iban disminuyendo y se multiplicaban los descontentos.

Despues del reinado cruel de Witiza, Rodrigo, duque de Córdoba, sacó ventajas á sus rivales y ocupó el trono; pero temiendo los hijos de Witiza que vengara en ellos las iniquidades paternas, se pusieron en salvo en Ceuta, donde se hallaba de gobernador el conde don Julian, cuñado de Witiza y hermano de un tal Oppas, á quien Rodrigo habia quitado la esperanza de conseguir el arzobispado de Toledo. Ambos recibieron favorablemente á los huérfanos, y bajo pretexto de restablecerlos en el trono, aspiraron á reclutar parciales en España. Habiéndolos reunido en el monte Calderino, cerca de Consuegra, deliberaron acerca de los medios de llevar á buen término el levantamiento meditado; y, como acontece por lo comun en medio de la ceguedad de las facciones, se tuvo por mejor el más desesperado, puesto que se resolvió reclamar la ayuda de los árabes.

Julian fue en busca de Muza, emir del Africa, ofreciéndole entregarle á Tánger y ayudarle con sus amigos á conquistar la España. Fácil es de concebir cuánto sonrió á la ambicion de Muza semejante conquista; á su fé, la perspectiva de propagar el islamismo en Europa; á su codicia, la adquisicion de un país ya atacado vanamente por los suyos; pues, como dicen los poetas árabes: «Aventaja en mucho á todas las regiones conocidas; es la Siria por la suavidad del clima y la pureza del aire; es el Yemen por la fecundidad del terreno; es la India por sus flores y sus aromas; es el Hedjaz por los productos de la tierra; es el Catay por sus metales preciosos; es el Aden por sus puertos y sus costas.

Habiendo autorizado Muza la expedicion, confió á Tarif-ben-Zeyab, que se habia señalado por su valor en la conquista de Almagreb, doce mil intrépidos guerreros con los cuales desembarcó en la isla Verde. Despues de haber triun-

fado de la primera resistencia de los godos, se fortificó en aquella posicion importante, sobre la roca de Calpe, que á consecuencia de su nombre fué llamada Gibraltar (*Gebel-al-Tarif*).

El godo Teodomiro, encargado de guardar aquella costa con la escuadra, pidió prontos socorros á Rodrigo, quien mandó emprender la marcha á la flor de su caballería. Prendió el árabe fuego á sus naves y obligó á los suyos á la victoria con la imposibilidad de la fuga. Todomiro fué derrotado cuantas veces volvió á la carga, y los corredores del enemigo esparcieron el espanto por todo el país, mientras el grueso del ejército ocupaba los alrededores de Sidonia y amenazaba á Sevilla.

Rodrigo, que peleaba entonces contra los gascones sublevados, acudió con cuantas tropas pudo allegar para conjurar tan perentorio peligro. Habiendo encontrado á los árabes á las orillas del Guadalete, les dió batalla por espacio de ocho dias consecutivos, y acabó por ser muerto en la refriega. Fueron derrotados los suyos y allí terminó el reinado de los godos.

Muza vió con júbilo la cabeza del rey de España, que le fué enviada; pero envidioso de la gloria de Tarif, le trasmitió la orden de hacer alto hasta que recibiera refuerzos. Conociendo Tarif cuán importante era sacar partido del desaliento de los godos y de la confianza de sus tropas, prefirió á las órdenes del emir los consejos de la prudencia y el dictamen de sus oficiales. Dividió en su consecuencia su ejército en tres cuerpos y dirigió uno sobre Córdoba, otro sobre Málaga y el tercero sobre Toledo. Secundaban los judios los progresos de los árabes, á la par que habiendo perdido la poblacion indígena el hábito de esgrimir las armas, se sometia sin resistencia. Córdoba fué tomada; Ecija, Málaga, Elvira, se sujetaron á pagar el tributo de sangre, es decir, el rescate de sus vidas; Toledo obtuvo conservar sus leyes y sus jueces con el libre ejercicio del culto, aunque sin publicidad.

Tarif halló en el palacio de los reyes godos inmensos tesoros, las veinticinco coronas enriquecidas con pedrerías de los príncipes que habian dominado en España desde Alarico hasta Rodrigo; además una célebre mesa de esmeralda. Esto es todo lo que saben encomiar las tradiciones de los árabes.